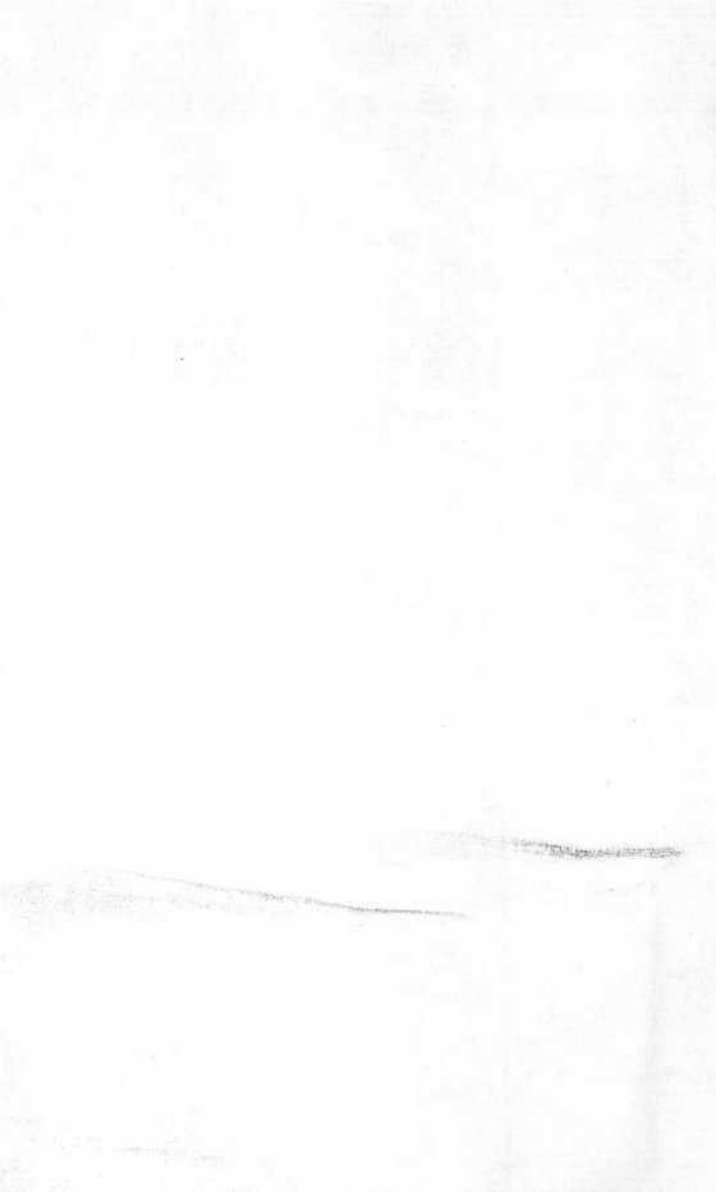


The background is a piece of marbled paper with a complex, organic pattern of dark, swirling shapes on a lighter, textured surface. A white rectangular label is positioned in the lower-left corner, containing the text 'G-F 9526' in a bold, black, sans-serif font.

G-F 9526

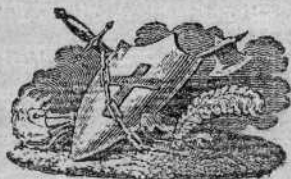


Portal - XII - Esp.
DGC
A
EL CERCO

DE ZAMORA,

POEMA,

por D. Mateo Martínez
y Artabeytia.



MADRID,
IMPRENTA DE D. PEDRO SANZ.

SETIEMBRE DE 1833.

LIBRARY
OF THE
AMERICAN MUSEUM OF NATURAL HISTORY

THE
LIBRARY
OF THE
AMERICAN MUSEUM OF NATURAL HISTORY
NEW YORK
1915

T. 115182
C. 1202322



R. 122879

ADVERTENCIA.

Mi objeto al publicar este Poema no es el de ponerle en paralelo con los dos que han sido premiados por la Real Academia Española, ni rebajar tampoco en lo mas mínimo el mérito que respectivamente puedan tener, sino esplayar el programa propuesto por dicho cuerpo literario, contrayéndole á la composicion que se sigue, y deducir en su vista las consecuencias que considero oportunas.

Sabido es que el nombre de poema se da en general á toda clase de composicion, aun quando mas particularmente convenga á aquellas que tienen una estension regular, y cuyos asuntos corresponden á una mediana grandeza. No sucede lo mismo con el poema épico ó epopeya, pues abraza mas espa-

cio de tiempo, mas número de personas, de incidentes y demas requisitos necesarios, y el cual, sin embargo de las oscuras soluciones que de él nos han dado, puede definirse segun Blair: «La relacion de alguna empresa esclarecida hecha en forma poética.»

Pero así en uno como en otro poema juzgan varios autores por de absoluta necesidad el que se hallen en verso, llegando su rigorismo al punto de no querer reconocerlos en prosa; si bien otros, no menos clásicos, opinando mas benignamente, conceden desde luego ese dictado á un Telémaco, á un Hombre feliz y á otras varias y estimables composiciones. Es cierto que en igualdad de circunstancias un poema adornado con la medida y armonía del verso, no puede compararse con otro que, aun cuando tenga á su favor toda la gala de una prosa poética, le falta no obstante la cadencia y colorido que en aquel nos encanta y seduce; mas acaso si la Iliada y la Eneyda hubiesen sido escritas en prosa ¿se les podria negar el nombre de poemas épicos? Dejemos pues esta in-

decisa controversia á que ha dado margen la semejanza que hasta cierto punto se encuentra en la accion de un poema tal como el pedido por la Academia, y la grandiosa é interesante que representa una epopeya.

Con efecto, ambas son iguales en lo esencial de ser una la empresa y uno tambien el héroe principal que debe sobresalir en ella, y en que este héroe, aun cuando se le atribuyan las debilidades consiguientes á un mortal, nunca deje de ser noble y magnánimo en el fondo de su caracter: de aquí la admiracion que escita con sus hazañas, el interes progresivo que ofrece á proporcion de los obstáculos que se le oponen, y la agradable impresion que en fin causan los elevados pensamientos que le distinguen. Respecto de las demas personas, de los episodios, máquina, y de todas las otras partes, siempre que sean bien traídas y manejadas, nadie duda que contribuyen poderosamente al mejor desempeño de la obra.

Bajo estos principios generales comencé á idear el plan de mi asunto, bien persua-

dido de que ante todas cosas me era importante y necesario.

Ejecutándolo así, no tardé en convencerme de que el programa elegido por la Real Academia excluía, como hecho principal, la defensa de Zamora. De otro modo imaginé que ni aun las cien octavas, término que á lo sumo podia llegar el poema, eran bastantes para espresarlo debidamente, ó caso que pudiera haberse hecho, el sin número de personajes que habria sido necesario, y la poca unidad y connexion que guardarían entre sí, me convenció de que el todo que saliese de unas partes tan estrañas podria asemejarse al mónstruo que describe Horacio en su epístola á los Pisones.

Yo prescindiré en este momento de si el asunto dado por la misma Academia es propio para un rasgo épico, y de si en nuestra historia no se encuentran acciones mas gloriosas que pudieran haberse preferido. Esta cuestion, por ser ya inútil, me apartaria de la principal, y como ella no gire sino en la mejor solucion del tema, permítaseme para

su debida inteligencia, trasladar aquí el hecho histórico que le sirve de fundamento.

Fernando I por su última disposicion en 1067, declaró á Sancho su hijo primogénito, Rey de Castilla; á Alfonso, Rey de Leon; y á García, Rey de Galicia, dejando á Urraca por señora soberana de Zamora, y á Elvira el señorío de Toro con la misma soberanía. De nada sirvieron las amonestaciones hechas al Monarca para que no desmembrase sus reinos, pues sordo á las razones de estado siguió únicamente el impulso de su corazon. Muere, y en seguida cada uno de sus hijos entra en posesion de la parte que le habia sido legada; mas el fallecimiento de la madre comun, acaecido poco despues, fué la señal del rompimiento. Sancho, juzgándose con derecho para suceder á su padre en todos sus dominios, marcha contra sus hermanos, toma á Leon, se apodera de Galicia, y ufano y victorioso revuelve contra Zamora: la pone cerco, y ya comenzaban los sitiados á sentir los rigores consiguientes á un asedio largo y estrecho, cuando un hombre

astuto, llamado Bellido Dolfos, salió con intento de asesinar al Rey, y habiendo negociado que le diesen entrada para verle, le mató en ocasion que iba á mostrarle la parte mas flaca del muro. Despues de suceso tan triste, los soldados de Leon y Galicia desampararon el cerco; quedaron no obstante los de Castilla, y entre ellos el célebre Rodrigo Ruiz Diaz, llamado el Cid, siendo por lo demas dudoso tanto el juramento que se dice hicieron de reducir á cenizas la ciudad y aniquilar los hombres, las aves y demas objetos vivientes é inanimados, como el desafío de Don Diego Ordoñez contra los tres hijos del gobernador de Zamora, Arias Gonzalo.

Por este argumento resulta que la conclusion del sitio fué infáusta: que el héroe principal murió á manos de un traidor, y que el esforzado Ruiz Diaz, ni entonces pudo vengar la muerte de su Rey, ni antes tampoco hizo accion alguna heroica. La Academia, sin embargo, mandaba cantar un hecho tan desabrido en la rima mas brillante

de nuestra versificación; ¿cómo pues acertar debidamente? Me pareció lo mas oportuno crear un plan que, no estando en contradicción con los sucesos principales, tuviese sin embargo invencion y distribucion de partes capaces de formar un todo bien acabado.

Firme en la idea de no hablar de Urraca sino por incidencia, segun he insinuado, nada juzgué mejor á mi propósito que anteponer el desafío que se figura con posterioridad á la muerte de Don Sancho. Esta licencia, siendo permitida, me hizo creer produciria buen efecto siempre que consiguiese enlazarla de tal modo con la accion principal, que semejase una misma, y el éxito entiendo ha respondido á mis esperanzas. Porque en seguida de la numeracion de los caudillos y su gente, y de los discursos del Rey y del Cid, partes integrantes de la verdadera accion, y cuando ya se trata de dar el asalto, entonces precisamente se presentan los tres hijos del gobernador Arias proponiendo un combate, cuyo resultado deberia ser, ó entregar la ciudad ó levantar el cerco. Y no se crea que

concluye aquí, sino que despues de tener efecto el desafío con muerte de los tres jóvenes zamoranos, todavía el traidor Bellido, para conseguir mejor sus criminales intentos, se vale del artificio de asegurar á Don Sancho que Urraca, desatendiendo el pacto ofrecido, habia mandado continuase la defensa de la plaza. Despues de lo cual vuelve á seguir la principal accion su verdadero curso, concluyendo con la muerte del Rey, y juramento que hacen para vengarla el Cid y todo el ejército, lugar que me pareció el mas oportuno para la terminacion del poema.

Si despues de leído, se reflexiona cuál es el héroe principal en él, se dudará entre Don Sancho, el Cid, Don Diego Ordoñez y los jóvenes zamoranos. El primero con efecto, es quien da causa á la accion, quien la dirige, y al que se reunen todas las miras; pero el estado pasivo en que por lo regular permanece, como que se opone al grande movimiento que debiera tener, y su fin trágico por otra parte acaba, y con razon, de dis-

gustar. El Cid, si bien tiene la ventaja de ser un guerrero impetuoso que habla á su Rey con aquel lenguaje propio de un héroe, y á quien se le tiene presente hasta la conclusion, el estrecho círculo en que se le coloca no corresponde ciertamente, ni con mucho, á la nombradía de sus esclarecidas hazañas. Mejor espresados están los caracteres de Don Diego Ordoñez y los jóvenes zamoranos, cuyos actores, aunque no tienen tanta parte como los referidos, obran no obstante en su respectivo lugar con el brio y la resolucion que pueden apetecerse.

A vista de un óbice de tanta consecuencia, seguramente podrá decirse: ¿Cómo no ha habido destreza bastante para superarlo? ¿Por qué siendo tan notable la diferencia que debe haber entre el héroe principal y los héroes subalternos, no ha procurado conseguirse lo primero sin perjudicar á lo último? Responderé á tales objecciones, que en un asunto elegíaco y de corta extension, como el de que se trata, semejante escollo es insuperable. Pudiera sin duda ha-

berme servido del Cid para el intento; ¿mas hubiera sido conveniente anteponerle á su Rey é ir contra los hechos de la historia? Esta razon me inclinó por lo mismo á no hacerle salir al desafío contra los hijos de Arias, prescindiendo de lo ridículo que habria estado en la persona de capitan tan invencible.

Acerca de la moral y de la máquina en la epopeya, sobre cuyo uso tampoco están acordes los críticos, he juzgado que en una composicion tan corta, si bien pueden servir de instruccion ciertas máximas morales nacidas del orden mismo de los acontecimientos, de ningun modo es admisible la intervencion de la máquina ó deidad como parte esencial del poema, aun cuando sea noble y guarde una estension proporcionada.

Tambien he tenido presente la unidad de tiempo. Sé que en esta clase de composiciones al poeta se le concede mas libertad que en aquellas puramente dramáticas; pero creyendo que cuanto menos espacio abrazase ofreceria mas sencillez, la he reducido al tér-

mino de un día natural, sin que por eso haya perdido de vista la verosimilitud.

Tampoco me he olvidado de variar alguna que otra vez la construccion de las octavas, para evitar el monotonó fastidio que resulta de hacer siempre la principal pausa al fin de los cuatro primeros versos, y asimismo he tenido cuidado en nó prodigar las rimas mas fáciles, pareciéndome que este punto exige tambien alguna atencion.

Sin embargo, no es decir que en esto haya acertado, y mucho menos en dar novedad, belleza y demas dotes que constituyen los buenos pensamientos, ni sobre el modo de espresarlos, ni en las comparaciones, alegorías y demas figuras retóricas. Tal vez ciertos giros que uso en alguna que otra ocasion, desagradarán á los llamados puristas.

Por último, me ha parecido tambien que faltaria á uno de mis deberes, si pasase en silencio que en el subsiguiente poema se encuentran algunas ligeras variaciones, respecto del que presenté para el último concurso.

A vista de su éxito con la publicacion

de los que han obtenido el premio y accésit por la Real Academia, no faltará quien grague de escetivo arrojo el anunciar una composicion que ha sido desairada en competencia de aquellas. Mas los que opinen de ese modo es fácil muden de parecer si consideran que, de los quince ó mas poemas que se hayan presentado al certamen, únicamente dos habian de salir agraciados, aunque todos hubiesen conseguido llegar á la línea que exigia aquel cuerpo literario. Esta hipótesi puede ser cierta, y de consiguiente cae por sí misma la objeccion que se intentára oponer. Pero aun quando así no fuese; aun quando en la composicion que subsigue sobresalgan mas los defectos que los primores, siempre creo yo, merecerá indulgencia quien abrigando vivos deseos de llegar á la perfeccion en el ramo mas noble de las bellas artes, hace los esfuerzos posibles por alcanzarla.

EL CERCO

DE ZAMORA.

POEMA.

1.^a

Canto el famoso cerco de Zamora
Por el fuerte Don Sancho de Castilla;
Empresa que acabó mano traidora
Con un ejemplo de eternal mancilla;
Y asunto que mi voz emprendedora
Elevarle pretende á maravilla,
Varonil resonando y melodiosa
En digno verso y rima generosa.

2.^a

Tú, magnánimá musa, que presides
Y enriqueces la historia de altos hechos,
Adornando del brillo que despides
Los héroes nobles de animosos pechos;
Acuérdame los bravos adalides
Que al asedio lanzándose derechos,
Invocaban la muerte ó la victoria
Cual varones amantes de la gloria.

3.^a

Tal fué Quirós, y el ínclito Cevallos
Asi lo fué tambien, cuando gozosos
De Orense y Compostela á sus vasallos
Incitan á la guerra presurosos:
Ochocientos de á pie con cien caballos
A Don Sancho presentan belicosos,
Ansiando demostrar, como algun dia,
Su denuedo indomable y osadía.

4.^a

Y no menos Ortíz, jóven valiente
Nacido entre las cóncavas Asturias,
Que de su Rey á la orden obediente
Y arrostrando del clima las injurias,
De Oviedo al punto marcha diligente
Comandando animoso seis centurias,
Largo tiempo con él acostumbradas
A empresas militares arriesgadas.

5.^a

Los Condes de Carrion esclarecidos,
Dejando sin tardanza los placeres
De su villa opulenta, enardecidos
Mostrar quieren sus nobles procederes:
Así visten y llevan decididos,
Y sostienen tambien con sus haberes,
Mitad de una legion de infantería,
Y un tercio de veloz caballería.

6.^a

Obedientes al hábil Nuño Maza
Cuatrocientos soldados acudieron,
Todos infantes de gallarda traza
Que de Pisuerga fértil descendieron:
Su cabo contra ellos de amenaza
Ni de castigo usó, pues sostuvieron
Vigilantes con ánimo esforzado
El puesto á su nobleza encomendado.

7.^a

Y Don Lope Berástegui de Ayala
De Treviño Señor y de Vitoria,
Y el Alavés Hernando de Zavala
Caudillo ilustre de feliz memoria,
Trugeron tropa que en valor se iguala
Y en hazañas escritas por la historia,
Tambien siendo en el número rivales,
Mil guerreros hallándose cabales.

8.^a

Nacida dentro Alfaro deliciosa,
Ciudad esclarecida y de importancia,
Cuyo suelo enriquece portentosa
Coronada de flores la Abundancia;
Lucida juventud y numerosa
Ante el sitio llegó con arrogancia,
A la orden de Martinez del Vadillo
Experto capitan y su caudillo.

9.^a

Setecientos infantes con Tejada,
Insigne campeon, al llamamiento
Vienen del Rey, y aquel entusiasmada
Lleva la tropa al arriesgado intento:
Cervera su gran villa confiada
Al mérito quedó del leal Sarmiento,
Y á su mando tambien, no menos fieles,
Doscientos de sus ágiles donceles.

10.

De la encumbrada Nalda, de Logroño,
De todos los lugares comarcanos,
Cuyo suelo miró el valiente Ordoño
En Clavijo cubierto de africanos;
Con Azofra en las lides aun visoño
Mas intrépido al par, llegan ufanos
Novecientos mancebos que en sus diestras
Se ven de fortaleza grandes muestras.

11.

Y de Nájera van y del terreno
Que la domina con perpetua nieve,
Seiscientos veteranos cuyo seno
Girón su comandante fácil mueve:
Conteniendo do quier el desenfreno
A insultarle ninguno se le atreve;
Y de su ardor Don Sancho fue testigo
En el cerco retando al enemigo.

12.

A todos estos héroes uno empero
Superaba en valor y en bizarría;
Hablo de aquel caudillo á quien primero
El árabe rindió soberanía;
Del famoso Rodrigo, del guerrero
Que asaltar á Zamora ya sabia:
Al que llamaron Cid los mauritanos
Y Señor, que es igual, los castellanos.

13.

Este gefe impertérrito mandaba
De gente propia cuatro mil soldados,
Que de Burgos augusta presentaba
Por siempre á la victoria acostumbrados:
A fuerza tan robusta la auxiliaba
Otra fuerza de mil y mas armados;
Y multitud llegaba á cada instante
Por servir á tan digno comandante.

14.

Mas ninguno hijos tantos de Belona
Contaba cual Don Sancho en sus pendones;
De Olmedo, de Simancas que aun pregona
Su alto origen, sus ínclitos varones;
De Medina y Leon cuya corona
Añadiera á sus célebres blasones,
Y de las plazas que entre Tajo y Duero
Conquistó el Rey su padre al moro fiero;

15.

Victoriosos diez mil con noble brio
Zamora vió llegar no sin recelo,
Pues juzgaba que tanto poderío
Defenderá su causa con anhelo;
Y mas considerando el señorío
Del bizarro Alvar Fañez, y el gran celo
De Ordoñez el Leonés, junto con varios
Temibles y perínclitos contrarios.

16.

Estos pues y los otros comandantes
Que en el cerco su campo defendian
Con balistas, é ingenios semejantes
Y á la plaza desde ellos combatian;
Solícitos al puntos y anhelantes
Por Don Sancho llamados, acudian
A su tienda espaciosa, do reunidos,
En términos les dice concebidos:

17.

« Insignes adalides, compañeros
De mi contraria y próspera fortuna,
Vosotros lo sabeis, nuestros aceros
Empresa mas terrible ni importuna
Tuvieron que vencer, ni males fieros
Cual sufrimos aquí; plaza ninguna
Jamás á nuestra diestra victoriosa
Insultó tanto tiempo jactanciosa.

18.

Mas ¡qué mucho! ¡si en tanto que de Marte
Soportábamos firmes los rigores,
Vencedor tremolando el estandarte
De la cruz y ensalzando sus loores;
Urraca mi enemiga por su parte
Reconociendo justos sus temores,
En vez de rechazar al Agareno
Pensaba solo en retener lo ageno!

19.

Porque ella fué con todos sus parciales,
Los que á mi augusto padre le obligaron
El reino á dividir, y no los males
Que vinieran en pos les arredraron:
Fijos siempre en sus miras desleales
Mi robusto derecho atropellaron,
Disponiendo entre sí, como despojo,
De reinos y de reyes á su antojo.

20.

Yo entonces á despecho de mi saña
Sabeis que enmudecí, mas fué forzoso
Con infieles hallándome en campaña:
A mi vuelta el estado doloroso
En que á mi madre hallé, la gracia extraña
Que exigió de mi amor respetuoso,
Pudieron dilatar el escarmiento
Debido á tan infame atrevimiento.

21.

Pronto empero su muerte acaecida
El nudo desató de aquesta trama,
Y al momento la cólera esparcida
Ardió en mi pecho, cual tronante llama:
A su impulso violento enfurecida
Cuanto mas se la opone mas le inflama,
Y rápida estendiendo sus furores
Triunfa al fin de los pérfidos traidores.

22.

¿Quién de vosotros no recuerda el día
En que á Navarra y Aragon vencimos?
¿A cuál nunca olvidársele podria
El que brillante en Santarén tuvimos?
¿Y quién eternamente no gloria
Del que asaltando con valor rendimos
De Leon las altísimas murallas,
Bien servidas de gente y vituallas?

23.

Pues lauros tantos capitanes fuertes
A marchitarse van si desde luego
No renovamos tan gloriosas suertes:
Mil dias ved perdidos en sosiego
Delante de esta plaza; ved inertes
Nuestras robustas diestras, y aquel fuego
Que impávido al delito contrastando
Nueva gloria aumentó ya á nuestro mando.

24.

¿Y mas tiempo podremos indolentes
Permitir el orgullo de una plaza,
Que fiada en sus muchos combatientes
Del cerco menosprecia la amenaza?
¿Sufriremos acaso indiferentes
Que tachando de nula aquesta traza,
Ose vanagloriar su estable imperio
Y pronta nuestra ruina y vituperio?

25.

Antes la muerte que á tamaña afrenta
Debamos compañeros nuestra vida,
Y mi dictamen es que luego sienta
Esta ciudad su pena merecida:
Sea pues asaltada con violenta
Furia, y por todas partes embestida,
Hasta que dueños de ella nos hagamos,
O bien cabe sus muros perezcamos. »

26.

Dijo ; y el Cid alzándose arrogante
Cual otro Aquiles en poder y brio,
« ¿Por qué, dice, Señor, vos al instante
No quisisteis seguir el voto mio?
No entonces estuviéramos delante
De aquestos muros que arrasar confío,
Sin habernos mostrado accion ninguna
Desdeñosa hasta ahora la fortuna.

27.

¡Cuán distintos recuerdo en ligereza
Los sitios de Coimbra y de Viséo,
Que escediendo á esta plaza en fortaleza
Las juzgó inaccesibles el deseo!
¡Cuál otra no recuerdo la braveza
Del fiero musulman , que aquí no veo;
Y frecuentes allí las embestidas
Y arriesgadas y célebres salidas!

28.

Bien sé que varias veces la prudencia
Exije razonables dilaciones,
Mas sé tambien la grave contingencia
Que produce en diversas ocasiones:
Consultad por lo tanto á la esperiencia
Y mejor que pudieran mis razones,
Ella os convencerá que Marte fiero
Siempre ayuda al veloz por buen guerrero.

29.

¿No fué esta prontitud la que inmortales
Aclamó en las regiones mas estrañas
A los mas distinguidos generales
Mas bien que por sus ínclitas hazañas?
Alejandro por ella á sus rivales
Acabó, como Cesar sus campañas;
Y rápido triunfó, cual fuerte rayo,
El hijo de la guerra, el gran Pelayo.

30.

¿Que nos detiene pues? pronto el momento
Llegue del crudo asalto y que Zamora
Nuestros rigores sufra y su escarmiento.
Vos si os place, Señor, mandad que agora
Suene el clarín en todo el campamento:
Sepa al instante la orden triunfadora
El ejército todo, que impaciente
Recela otro dictamen diferente.»

31.

Dice; y como si oculta simpatía
Este discurso á compeler moviese,
Los gefes todos llenos de energía
Instan al Rey que ejecutado fuese:
Cada uno muestra entonces á porfía
El anhelo que tiene porque cese
La inaccion, do se hallaba dolorosa,
Tanto tiempo á su gloria desastrosa.

32.

Gozosos de Don Sancho ya escuchaban
El suspirado sí, cuando advirtieron
Tres intrépidos mozos que llegaban
Y al mismo Rey encaminados fueron:
En su ademan airoso ser mostraban
Y en las armas que ricas descubrieron,
Personas de alto prez, y en sus semblantes
Notábanse facciones semejantes.

33.

Atónito el Consejo y admirado
De ver á los tres jóvenes valientes,
El momento esperaba deseado
De saber sus razones diferentes;
Cuando el mayor de aquellos esforzado
Despues de saludar á los oyentes,
Con voz robusta é ímpetu fogoso
A Don Sancho así dice belicoso:

34.

«Hubo un tiempo, Señor, en que los fuertes
Varones que asombraron todo el mundo,
Por amor á la patria de sus suertes
Dispusieron en duelo furibundo:
Por él Roma triunfó cuando las muertes
Que con ardid extraño y sin segundo,
Dió atrevido el menor de los Horacios
A sus rivales de Alva los Curiacios.

35.

Nosotros á su ejemplo decididos
Proponemos parcial ora un combate:
Nombrad tres capitanes aguerridos
Que cada cual á contendernos trate:
Ni á Alvar Fañez ni al Cid esclarecidos
Penseis que nuestro espíritu se abate;
Cualesquiera que fuesen los guerreros
Con ellos mediremos los aceros.

36.

Y en el medio del campo, á la presencia
De la plaza y también de estos reales,
Efecto tenga pronto la pendencia
Con ella concluyendo tantos males:
De su éxito será la consecuencia
Si vencidos los tres somos iguales,
La entrega de Zamora á vuestro arbitrio;
Si vencedores, alzareis el sitio.

37.

Ved si os agrada el pacto, y si motivo
Para dudar teneis su cumplimiento,
A la plaza enviad quien luego activo
Averiguar lo pueda en el momento:
Su fiel gobernador que persuasivo
Anima sin cesar al vencimiento,
Seguro soy, que lleno de alegría,
«HOY ZAMORA, DIRÁ, EN MIS HIJOS FIA.»

38.

Calló; y como en el férvido Oceano
Crece el ruido de las negras ondas,
Que poco antes el astro soberano
Las matizaba con sus luces blondas,
Alzanse crespas con furor insano
Bramando tocan las arenas hondas,
Sin que el cielo aun se muestre ennegrecido
Ni silve el huracan embravecido;

39.

Así los capitanes de su asiento
Comenzaron á alterarse impetuosos,
Escuchando con ánimo violento
Al mayor de estos jóvenes briosos:
El Rey que lo observaba todo atento
Y enmudecer les viera respetosos,
Enérgico ordenó quietud hubiera,
Contestando veloz de esta manera:

40.

« Esa noble altivez, esa fiereza
Conozco ser la misma del gran Arias,
Que sirvió tantos años con nobleza
Victorias consiguiendo extraordinarias;
El que olvidando ahora su grandeza
En medidas persiste á mí contrarias,
La causa de mi hermana sosteniendo,
Y el cerco de esta plaza defendiendo.

41.

Sabed que ni estos gefes invencibles
Ni yo negamos el glorioso duelo,
Lauros siempre buscando inmarcesibles
Que recompensen nuestro heróico anhelo;
Y aunque del todo fuesen increíbles
Las promesas que dice vuestro celo,
Sin dilacion tuviera, yo os lo fio,
Efecto tan honroso desafío.

42.

No al gran Cid, ni á Alvar Fañez animosos
Pensad que nombraré para vencersos;
No confieis tampoco venturosos
Que no os puedan tocar estos guerreros;
Pues los hados tan solo misteriosos
Nos dirán los caudillos verdaderos
De aquesta horrenda lid, y ¡ójala fuera
Que en la suerte el primero yo saliera!

43.

Asi diciendo el Rey con una mano
El luciente morrion desaprendia;
Su nombre traza luego soberano
Poniéndole en aquel con gallardia;
Y súbito volviéndose y ufano
A sus nobles guerreros prevenia,
Que á su ejemplo sus nombres escribiesen
Y despues dentro el casco los pusiesen.

44.

Obedecieron todos, y en seguida
El Monarca las cédulas contando;
Hallándolas conformes, con debida
Exactitud despues las fue cerrando;
Y á los tres hijos de Arias les convida
Que las suertes por sí mismos sacando,
Conozcan desde luego, sin ardides
Cuáles son sus contrarios adalides.

45.

Entonces el mayor firme y resuelto
Una por una de las suertes coge:
Impávido las mira y desenvuelto
Al Monarca las da quien las recoge:
Este repite á sus caudillos vuelto
Ser el primero que el destino escoge
Don Diego Ordoñez, y Quirós segundo;
El tercero Alvar Fañez furibundo.

46.

Y de la tienda rápido saliendo
Manda que los mancebos arrogantes
La armadura se pongan, despues yendo
A reunirse sin pérdida de instantes,
Hácia la puerta Feria, do midiendo
Y arreglando los límites bastantes,
Estuviera tambien él mismo armado
Para ver el combate celebrado.

47.

En breve al puesto llega y anchuroso
Circo á la lid dispone diligente;
De Zamora el concurso numeroso
Los altos muros coronó de enfrente:
Y en la torre del alcazar suntuoso
Urraca con Gonzalo juntamente,
Esperaban muy luego que llegasen
Los héroes, y la lucha comenzasen.

48.

Tambien los sitiadores el vallado
Que á sus tiendas circunde y las defiende,
Ocupaban con ánimo esforzado
Y donde quiera su rumor se estiende:
Y la vista hácia el sitio señalado
Volviendo todos, cada cual atiende,
Si prontamente á descubrir alcanza
El guerrero en quien funda su esperanza.

49.

Cuando impaciente el Rey ya disponia
Fuera el Cid á saber por qué motivo
Al combate ninguno todavía
Se presentaba, cual debiese activo;
Descubrieron lejano que venia
Ante todos Ordoñez, y que altivo
Mostraba su natal fiera braveza
Unida á la impasible fortaleza.

50.

Sobre un negro corcel que envanecido
La crin sacude escarceando ufano,
Llega el héroe, y el suelo estremecido
El peso siente que rehusa en vano:
Con su siniestra el mozo enardecido
Al bruto rige, y con la opuesta mano
La ponderosa lanza fácil tiene,
Y apoyada en la cuja la sostiene.

51.

Le siguen los demas cual él montados
En bridones ligeros como el viento,
Y tambien igualándole esforzados
En soltura y fogoso atrevimiento:
De casco reluciente y cota armados
Con las picas sujetas por el cuento,
Y del tahalí la espada suspendida,
Esperan la señal de acometida.

52.

¡O musa del saber! ¡excelsa Clio!
A tu ayuda y favor yo me encomiendo:
Si tu labio no inspira al labio mio
Y divino le inflama cual pretendo;
¿Cómo podrá explicar el arte y brio
Y bélico furor que en el horrendo
Choque terrible del sangriento Marte,
Hubo luego por una y otra parte?

53.

El valeroso Ordoñez fué el primero
Que al mayor hijo de Arias acomete
Lanza en ristre, juzgando ser postrero
Este golpe al que suena el brazalete;
Y fuéralo en verdad si aquel ligero
No opusiera el broquel, mas el almete
Que al tiempo de bajarse descubriera,
Deshecho en mil pedazos luego fuera.

54.

Ardiendo en ira su adversario entonces
Fiero revuelve la pesada lanza,
Y la dirige hácia el arnés de bronce
Que Don Diego sostiene con pujanza:
Al choque estrepitoso en el esconce
Que forma por delante á verse alcanza
Abollado el luciente metal puro,
Que logró resistir al golpe duro.

55.

Mas el bravo Leonés que descubierto
A su rival observa por la parte
Inferior de la cota, con acierto
Debido á su pericia en este arte,
Le introduce el lanzon, y al punto muerto
Cae en el polvo víctima de Marte,
Al impulso del asta vencedora
El defensor primero de Zamora.

56.

El segundo lo vé: de rabia ciego
Al vencedor se lanza sin reparo,
Y el alazan que oprime siente luego
De las riendas el pronto desamparo:
Queriendo entonces contener su fuego
El adalid no puede, y presto caro
Le costára su ardor enfurecido,
Que pudiera evitar mas comedido.

57.

Pues Ordoñez ligero cual conviene
Y resguardado con el fuerte escudo,
A su caballo aguija y se sostiene
Como ginete en lanza nada rudo;
Y al golpe de su pica á tierra viene
El hijo de Gonzalo que no pudo,
Ni ofender ni evitar la cruel herida,
Que abriéndole una sien cortó su vida.

58.

Sin respirar Don Diego un solo instante
A su tercer contrario firme carga,
Que cual toro feroz bufa arrogante
Al resistirle con la doble adarga;
Y revolviendo su lanzon pujante
Con tal furia en Ordoñez le descarga,
Que á no ser por el ancho y duro peto
Bastára á concluir tan crudo reto.

59.

El cual dudoso en encontradas suertes
Los ánimos de todos suspendia,
Y en su silencio, de las picas fuertes
Horrisono el rugir solo se oia:
Iguales se creyeran ya en las suertes,
Y tambien en esfuerzo y valentía
Los dos bravos adletas, cuando luego
Oyeron esclamar así á Don Diego:

60.

“No creas infeliz que mas ventura
Te espera á tí que á tus demas hermanos;
Cual ellos morirás por mi asta dura
Mirándolo tu padre y zamoranos;
Y arrastrándote luego tu locura
Patente haré con tus anhelos vanos,
Dejando eternamente la memoria
De tu trágico fin y mi alta gloria.”

61.

Y arremetiendo súbito esforzado
En los estribos cruge la esquinela:
Sobre el fuste tambien su cuerpo alzado
Resuena lanza y daga en la escarcela:
Y al ímpetu y furor del golpe dado
Viene al suelo una parte de rodela
Del contrario adalid, siempre cuidadoso
En herir y cubrirse cauteloso.

62.

Porque habiendo logrado repararse
Cual ágil luchador del fuerte encuentro,
A su enemigo embiste que escudarse
Apenas pudo del fatal reencuentro;
Y cuando Arias creyera ya vengarse
Atravesando su lanzon por dentro
Del peto del Leonés, oye el chasquido
Que diera el hierro al golpe estremecido.

63.

Al ver rota su lanza, y conociendo
Que en el caballo proseguir no debe,
En seguida de él brinca, descendiendo
A la tierra que en torno se conmueve;
Y en el brazo el adarga sosteniendo
Y la espada en la mano, tal se atreve
A decir á su fiero contrineante,
Con voz de trueno y con feroz semblante:

64.

« ¡Orgullosa mortal, á quien el hado
Protege con su ayuda poderosa!
¿Yntimidarme acaso tú has pensado
Con muerte amenazándome afrentosa?
Ven pues, y de mi espíritu esforzado,
No menos que en mi diestra vigorosa,
Una prueba tendrás que bien pudiera
Por siempre esa altivez quitarte fiera. »

65.

« Yré, replica Ordoñez, que ventaja
Por azar no he querido nunca en guerra;
Y cual veloz relámpago así baja
De su corcel á la cercana tierra:
Y furibundo del contrario ataja
La respuesta y con él ligero cierra,
Empuñando la espada cortadora,
En los combates siempre triunfadora.

66.

¿ Quién podrá numerar las estocadas
Que se dieron los bravos adalides ?
¿ Quién decir su valor , las esforzadas
Defensas que aprendieran en las lides ?
¿ Cuál tampoco espresar las arriesgadas
Suertes que parecieran las de Alcides ?
¡ Si tantas y tan célebres se vieron
Que no es fácil contar las que ellas fueron !

67.

Un hora los dos héroes arrogantes
Luchaban de este modo con crudeza :
El sol ya declinaba , y mas constantes
Viérales redoblar en su fiereza :
Encendidos los rostros anhelantes ,
Demostrando su entera fortaleza ,
Tan pronto como un golpe despedían
Otro golpe mas recio disponían.

68.

Hasta que sin penacho las celadas
Y las golas y petos abollados ,
Rotas á tanto golpe las espadas
Y los fuertes escudos destrozados ,
Las diestras vigorosas ya cansadas
Pero mas en su encono encarnizados ,
Renuevan del combate los horrores ,
Cual si fuesen dos diestros luchadores.

69.

Y arrojando las armas , con los brazos
Se oprimen uno á otro las cinturas ,
Y al estrecharse , luego en mil pedazos
Caen deshechas las ricas armaduras :
Libres de semejantes embarazos ,
Y crujiendo sus recias coyunturas ,
Con tan terrible fuerza se apretaban
Que apenas se creyera respiraban.

70.

Cual suelen dos mastines agarrarse
Despues de haberse estado amenazando,
Y en seguida rabiosos enclavarse
Los dientes en sus bocas rechinando:
Hacen presa, y en polvo revolcarse
Se les mira, y sus miembros palpitando,
Sin que pueda rendirles la fatiga,
Ni menos separarles se consiga;

71.

Entrambos fuertemente así oprimidos
Mucho rato estuvieron sin vencerse,
Cuando al impulso de Don Diego, unidos
Caen á tierra tambien sin desprenderse;
Y entonces ya creyéndose vencidos
De nuevo se alzan juntos, sin quererse
Detener ni soltar un solo instante
Ansiando cada cual ser el triunfante.

72.

Mas cobrando de nuevo grande aliento
Ordoñez, y encendido en nueva saña,
Inclina á su rival, y en el momento,
Y mas que con la fuerza con la maña,
En alto levantándole violento,
Cual de Hércules famoso aquella hazaña
Que vencedor de Anteo aun hoy admira;
Tal en sus manos su adversario espira.

73.

Y en el suelo cayendo desprendido
Por los robustos brazos victoriosos
Del insigne Leonés, reconocido
Fué por todos sus deudos cuidadosos;
Que al ver con los demas ya fenecido
El combate obstinado, silenciosos
Encaminan sus pasos dentro el muro,
Previendo irremediable el mal futuro.

74.

Y Urraca y su fiel Arias, no pudiendo
La vista dirigir hácia aquel lado
Do tuviera la lucha fin horrendo,
Sin conocer su pecho traspasado,
La retiran veloz, y prorumpiendo
En lamentos tan propios á su estado,
No pensaban entonces en su suerte,
Ni en Zamora tampoco: sí en la muerte.

75.

Al contrario los firmes sitiadores,
Que infáusto contemplaban el destino
De aquellos infelices luchadores,
Por el brazo de su héroe peregrino;
Y gustosos miraban triunfadores
De justa compasion cuadro tan dino,
Ultrajando con bárbaros denuestos
Los palpitantes desunidos restos.

76.

Don Sancho entonces imperioso ordena
Que á sus tiendas se vayan prontamente,
Y al eco de la trompa que resuena,
Al punto obedeció toda su gente;
Y él mismo al vencedor la enhorabuena
Dándole, se retira diligente,
Ofreciendo á sus bravos capitanes
El premio conceder de sus afanes.

77.

La Noche descendiendo presurosa
De la tierra cubrió la faz en tanto,
Y oscura mas que nunca y pavorosa
Semejaba á los reinos del espanto:
En su lúgubre calma silenciosa
Tan solo ave nocturna alzaba el canto;
Difundiendo do quier naturaleza,
Horrible y melancólica tristeza.

78.

En tan triste quietud el Rey dormido
Imagina su pronto fin cercano;
Mirar piensa su fuerte pecho herido
Al impulso feroz de aleve mano;
Mas al tiempo que trata enfurecido
De castigar al regicida insano,
Despierta prontamente y considera
Que un sueño nada mas terrible fuera.

79.

Incómodo sintiéndose en el lecho
Que imágenes de horror le representa,
De él salta comprimido aun en su pecho,
Cuya afliccion por grados se acrecienta:
Triste se hallaba y recordando el hecho
Que á pesar de su esfuerzo le amedrenta,
Cuando le avisan que decirle tiene
Un desertor, que de la plaza viene.

80.

Fuera un perverso que en su oscuro nombre
Denota ciertamente su bajeza:
Bellido Delfos, llamábase este hombre,
Al tigre semejante en la fiera:za:
El cual ansiando de alcanzar renombre
Y mercedes tambien, con ligereza
Salió de la ciudad determinado
Al crimen que tuviera meditado.

81.

Bajo de talla y tosco en demasía,
Hundidos ojos, sobrecejo horrible,
Al través del que luego descubria
De su carácter lo áspero y terrible,
Eran los negros rasgos que tenia
Este infame traidor, aunque temible
Por su audacia y reserva cautelosa:
¡ Tanto, ay, en los malvados peligrosa!

82.

Viniendo del Monarca á la presencia
Que afanoso le otorga su permiso,
Sin meditar que en concederle audiencia
Proceder era justo mas remiso;
El simulado Dolfos con licencia,
Que astuto para hablar pedirla quiso,
Aparentando sencillez y calma
Así inspira á su lengua su vil alma:

83.

« Si tan solo, Señor, la infáusta nueva
Que primero diré, me condujese,
No respondo que mi ánimo á tal prueba
Se arriesgase á decirla como fuese;
Mas no lo siendo, permitid me atreva
Y ya vuestra inquietud del todo cese,
Dignandoos si gustais, de estadme atento,
Pues fiel lo adverso y favorable cuento.

84.

Urraca vuestra hermana y enemiga
Que se titula Reina de Zamora,
Ha decidido que adelante siga
La defensa del cerco sin demora,
So color que el combate no la obliga
A deponer el mando que Señora,
Ejerce dignamente por mandado
De su padre y el vuestro venerado.

85.

Yo que hasta aquí siguiendo sus banderas
Demostrar mi eleccion pude ignorante,
Persuadido que fueran verdaderas
Ficciones que apoyaba en ley constante;
Ora al ver tales pérfidas maneras
Y su influjo ¡ó dolor! tambien triunfante,
Detestando de causa tan perjura
La abandono á su infamia y desventura.

86.

Y á su azote tambien, que luego airado
Sufrirá con arreglo á su malicia,
Pues no mas tiempo ya fuérame dado
Consentir en tan bárbara injusticia:
Sabed, Señor, que un tercio bien armado
De la vuestra invencible y fiel milicia,
Basta para vencer tanta arrogancia
Que insultar quiere así vuestra constancia.

87.

Pues cerca del parage donde el rio
Deslizándose va de la muralla,
Formando de las aguas el desvío
Terreno suficiente á una batalla;
Observado lo tengo, y yo os lo fío,
Que minado hace tiempo que se halla,
Con objeto, si fuere necesario,
De arruinar los trabajos del contrario.

88.

Cual está, allí una noche fácilmente
Esconderse podrá la fuerza armada,
Dándonos la victoria prontamente
Peleando á su tiempo acelerada:
Si de fuerte-os jactais, si sois valiente,
Conmigo ora venid á ver la entrada,
Y notareis seguro el solo medio,
Triunfando, de acabar con el asedio »

89.

Así á Don Sancho hablaba, quien gozoso
Ni recuerda el ensueño que ha tenido,
Ni duda ni vacila, y presuroso:
« Vamos » dice, y se aleja con Bellido.
Viérase al monstruo entonces oficioso
Conversar con el Rey, mientras atrevido
El venablo prepara diligente,
Que en su pecho guardaba sutilmente.

90.

Era, ¡así ay no pluguiese!, ya el momento
Que la Aurora en Oriente aparecía,
No bella asegurando el vencimiento
De su fulgente luz ni su alegría;
Que opaca y con dudoso movimiento,
Retardar la salida parecía;
Cual si tambien quisiera no insensible
Mostrarse al golpe, que miraba horrible.

91.

¡Bárbaro! ¿que vas á hacer? atiende, oye;
Contempla en el Monarca reverente:
Mírale fiel, sin que tu voto apoye
Anticiparse á tu deseo ardiente.
¿Y podrás aun dudar? No, no, desoye
Desoye al crimen, húyle inocente,
Y tú siendo feliz.... ¡ay que en su mano
Blandir veo al traidor el hierro insano!

92.

Y con fuerza empuñándole le arroja
Y atraviesa al monarca descuidado,
Que al golpe, cual si fuese una congoja,
Suspira y cae al suelo desmayado:
El matador que observa ya la roja
Sangre, escapó gozoso y desalmado,
Y entrándose en la plaza diligente
Su hecho atroz vocifera impunemente.

93.

Del Rey á los gemidos lastimeros
Pronto llegan los gefes principales,
Y aunque tras de Bellido van ligeros
Sin poderle alcanzar vuelven leales;
Mas su Príncipe ya los postrimeros
Alientos exhalaba, y las señales
De la muerte tambien luego notaron
En su rostro, que en lágrimas bañaron.

94.

Entonce el Cid con ojos centellantes
Empuñando iracundo su alta lanza:
«Ora, dice, juremos incessantes
De este horrendo delito la venganza:
Ni el oro ni el temor nunca bastantes
Sean para extinguir tal esperanza;
Y el sucesor que fuere de Castilla
Tambien jure vengar la régia silla. »

95.

Los caudillos repiten indignados
El mismo juramento memorable,
Confirmándole todos los soldados
A vista del suceso lamentable:
Lo que ordenar despues plugo á los hados
Y escribiste en tu libro inmensurable,
Dilo, fiel musa, con sonoro acento,
Pues cesar debe aquí mi heróico intento.

FIN DEL POEMA.

NO PALAU

120

